

Noviembre 24: *Beato Mateo Alvarez*.  
Mártir en el Japón, de la Tercera  
Orden († 1628). Beatificado por Pío  
IX el 7 de julio de 1867

Mateo Alvarez, de padre portugués y madre japonesa, murió mártir por su fe. Es un cristiano ejemplar en su vida y ejemplar sobre todo en su muerte.

Su vida, por lo demás muy simple y lineal. Pertenece al número imponente de los convertidos japoneses después del más antiguo intento de evangelización de aquel lejano país, ligado como se sabe a la historia y a la gloria del gran San Francisco Javier.

San Francisco Javier había estado en el Japón hacia 1550, y había echado las primeras fértiles semillas del apostolado cristiano. Después de él, la obra fue proseguida por sus cohermanos de la compañía de Jesús, con éxito realmente sorprendente si se piensa en la dificultad de aquel ambiente y de aquella mentalidad tan diversa de la occidental y también en la complicadísima lengua japonesa.

Menos de treinta años después, en 1587, se contaban en el Japón más de doscientos mil cristianos. Uno de estos cristianos era el Beato Mateo Alvarez; bautizado por los franciscanos se había inscrito en la Tercera Orden de San Francisco y se había esforzado por adquirir

su espíritu seráfico. Como buen japonés, era óptimo conocedor de las doctrinas y de los usos budistas, y esto le permitió sostener con provecho discusiones, obteniendo numerosas conversiones.

Por un cierto tiempo los misioneros vivieron en el Japón en un clima de tolerancia e inclusive de simpatía. Pero de repente, por diversos y complejos motivos, fue decretada la expulsión de los misioneros del Japón. Gran parte de los religiosos permaneció, ocultándose y prosiguiendo su trabajo de apostolado en forma semiclandestina, pero la llegada de nuevos misioneros y su proselitismo demasiado clamoroso inquietó a las autoridades, las cuales ordenaron el arresto de todos los misioneros y también de los cristianos.

Mateo fue detenido y trasladado a la cárcel, donde halló otros cristianos y misioneros. Todos sufrieron refinadas y humillantes torturas, entre las cuales la exposición al escarnio de la población, los perseguidores intentaron también hacerlos renegar de su fe, pero ni él ni sus compañeros desertaron. Finalmente el 8 de septiembre de 1628 fue ejecutado en una colina cerca de Nagasaki, llamada después la Santa Colina. Fue atravesado con lanzas cruzadas, que le traspasaron el corazón, luego fue decapitado. Antes de morir habló por última vez al pueblo perdonando a sus propios verdugos. Sobre la

Santa Colina de Nagasaki parecía en verdad como un estandarte, no de fracaso, sino de perenne victoria.